



# El mito y la historia: un laberinto de espejos

John Jairo Osorio Giraldo

Antropólogo, docente y gestor cultural, jjosoriog94@gmail.com

<sup>1</sup> Claude Levi-Strauss, *Antropología estructural* (Barcelona: Anagrama, 1995).

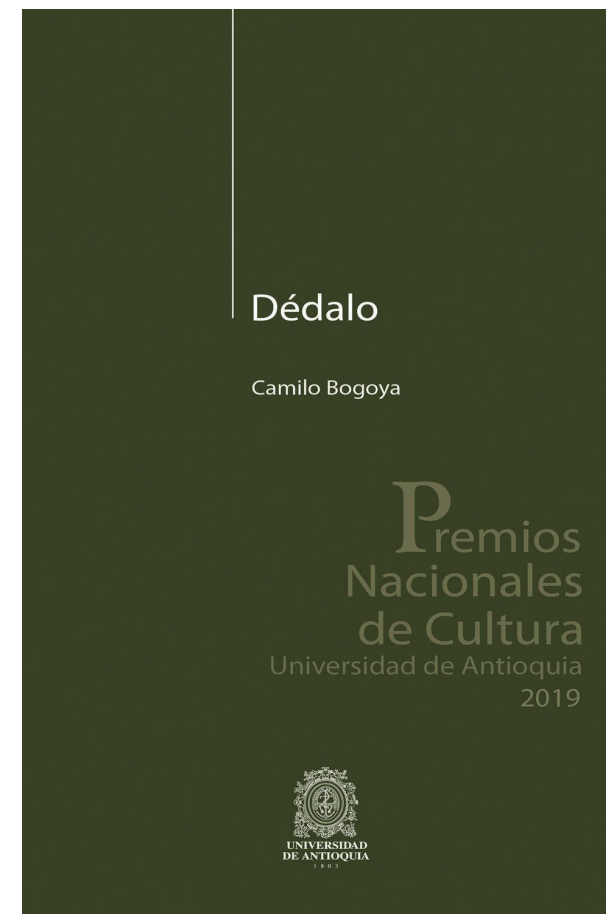
<sup>2</sup> Camilo Bogoya, *Dédalo* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2020).

Decía Claude Levi-Strauss<sup>1</sup> que el mito es la forma que han encontrado los pueblos para lidiar con el azar y con el infortunio. En *Dédalo*<sup>2</sup>, de Camilo Bogoya, el mito es una manera de enmarcar la historia de una muchacha insignificante y un padre insignificante en la leyenda de dos héroes clásicos de la epopeya griega: Dédalo, el fabuloso arquitecto de Atenas, e Ícaro, el infortunado muchacho al que su papá fabrica unas alas de cera con la ilusión de salvarlo de un flagelo peor que la muerte: el destierro. En estas páginas vemos desfilar, como en un juego de naipes, la tragedia prosaica de Flora Leticia Ramírez —joven estudiante de sociología— y Horacio Ramírez —profesor de griego y librero de segunda mano—; a la par que una condensación del tiempo, por una suerte de mecanismo fantástico, vemos transcurrir como telón de fondo la tragedia épica del inventor del compás y de la sierra, y de su infortunado y desprevenido hijo.

Se trata de una novela polifónica, experimental en sus formas, en la que las voces narradoras van tejiendo un entramado de escenas donde la leyenda dialoga fluidamente con la prosa. De esta manera, el relato avanza vertiginosamente a través de un contrapunto para crear una analogía en la que el lector descubre la manera como las grandes tragedias enmarcan

nuestros pequeños dramas de todos los días. Siguiendo una estructura de *matrioshka*, la artesanía de *Dédalo* —construida con la delicadeza del laberinto— nos permite deslizarnos de una trama a otra, en una especie de bucle temporal que nos confirma el carácter cíclico de la historia; de todas las historias.

La novela empieza presentándonos la tragedia como una fuerza ciega, inmune al transcurso de los siglos. Al comienzo, la historia de *Dédalo* parece una simple excusa, una licencia poética, un recurso filosófico que enmarca —como un adorno— la historia prosaica de los personajes menores de la novela. Pero luego descubrimos que cualquier tragedia humana, por nimia que parezca, encarna un sufrimiento indescriptible. *Dédalo* parece hablarnos del destino, de los laberintos que el infortunio va urdiendo para ponerle trampas a la ilusión del albedrío. Pronto descubrimos que, a falta de mejores recursos, Flora ha encontrado en la leyenda del arquitecto un lugar para el consuelo, una forma de mantenerse asida al hilo conductor de la vida y una historia para entretener a su captora, una mujer gorda y sin gracia que la mantiene cautiva en una finca cuyo paradero desconocemos.



Todo lo que sabemos es que Flora fue raptada desde una camioneta un mediodía cualquiera en el centro histórico de una ciudad sin nombre, y que la única testigo de los hechos fue Margarita, una borrosa compañera de universidad con la que parecían mantener un vínculo distante. Desde entonces, Horacio, su padre, emprenderá una búsqueda desesperada e infructuosa, en la que recurrirá a la ayuda de Mario, el exnovio de su hija, y más tarde a la asesoría profesional del coronel Garrido, militar retirado y viejo amigo de infancia. Entretanto, iremos asistiendo a las conversaciones de Flora con su captora, entre las que se irá tejiendo una relación íntima y ambigua en las que ambas mujeres comparten aspectos insospechados de su pasado, que revelan las profundas diferencias, pero también los puntos de encuentro de sus historias.

De esta manera, el relato nos irá arrastrando por una serie de monólogos y conversaciones en los que los personajes se irán perfilando con sus luces y sus sombras. Flora seguirá entreteniendo la muerte mientras nos describe el lugar de cautiverio: una bóveda en la que solo cabe acostada y

de la que irá desenterrando lombrices, huesos y dientes que palpa en la oscuridad mientras nos va describiendo la pérdida de los suyos propios. Los únicos momentos de solaz serán sus diálogos con la guardiana en los cuales, en una especie de recurso a la ironía, le irá develando poco a poco la historia del arquitecto griego, a la par que le cuenta historias de su padre, de sus amores y desamores, e incluso intimidaciones sobre su vida. A su vez, la guardiana —siempre acompañada por un pastor alemán al que alimenta con succulentos platos de sancocho, con los que intenta quebrantar la voluntad de su rehén— irá mostrando su lado más humano, sus pequeñas desgracias y su pasión por las historias de *serial killers*.

Mientras tanto en la ciudad, un padre angustiado rastrea los últimos *mails* de su hija —el único recurso a través del que Flora mantuvo contacto con el mundo exterior—, tratando de encontrar en ellos señales de vida, indicios sobre su paradero, pistas que lo conduzcan a la identificación de sus captores, a los que ya les ha pagado un dinero y, sin embargo, siguen exigiendo una recompensa por la liberación de la secuestrada. Un padre viudo que perdió una de sus piernas a consecuencia de la diabetes y que a pesar de las afugias económicas trató de darle la mejor educación a su hija; una educación clásica, que le sirviera para distraer con historias de la antigua Grecia la sevicia de su carcelera. Un hombre orgulloso de su prótesis, su pata metálica heredada de un amputado de la Segunda Guerra Mundial, a la que se apega como el único objeto que le da sostén y firmeza a su existencia desangelada.

Junto a él permanece, incólume, Garrido, un veterano curtido en las selvas y en las artes de la guerra, que le promete el rescate de su hija con la misma convicción con la que Agamenón emprendió el rescate de su cuñada Helena. El coronel le pide a Horacio que confíe en su pericia, mientras este ve transcurrir semanas enteras sin una sola noticia de Flora, cuyas fotos encienden la imaginación del militar, que terminará buscándola más con el fuego de la pasión irrealizada que con el ahínco del amigo abnegado. Garrido verá reflejarse en Flora la imagen de su exmujer y de su propia hija, mujeres que también dejaron en él la huella de la ausencia.

La búsqueda los llevará por caminos insospechados: un profesor de antropología forense, un chamán del Putumayo que intentará quedarse

con la pata metálica de Horacio, un matadero de algún pueblo perdido en las montañas, un concurso de la mejor receta de sancocho, difundido por radio, que les servirá de señuelo para obtener el perfil de la raptora. Igual que Dédalo en la mítica isla de Creta, al servicio del rey Minos —poseedor de la más portentosa flota naval de la antigüedad—, estos hombres tendrán que ingeniar las estrategias más delicadas para confirmar el aforismo que reza que lo único que vence a la fuerza es la inteligencia. En el transcurso de la historia veremos al avieso arquitecto construir una vaca de madera que le permita a la lujuriosa Pasifae juntarse al hermoso toro que recorre los prados de la isla como una luna diurna, y de esa manera crear un monstruo: el temido Minotauro. Lo veremos diseñar un laberinto para encerrar a la criatura, construir un túnel para escapar con su hijo, entregarle a Ariadna el secreto para que Teseo lograra huir de la voracidad de esa bestia con cuerpo humano, mientras cumplía con el castigo anual que el implacable rey de Creta había impuesto a la ciudad de Atenas por el ultraje del arquitecto: siete varones y siete doncellas serían sacrificados anualmente para la satisfacción del monstruo que Dédalo había creado.

Ambos cauces desembocan, como dos ríos que corren paralelos sin tocarse nunca, en el océano en el que se juntan todos los laberintos, haciendo de *Dédalo* un elaborado artificio en el que Camilo Bogoya construye —como el arquitecto— los andamios que le permiten armar un universo con dos arcos temporales que se entrecruzan para dar lugar a una reflexión sobre el cautiverio como la imposibilidad del retorno al lugar de la voluntad, la creatividad y el origen. De esta manera, logra tejer una alegoría sutil que tiende puentes entre el mundo clásico y la historia reciente del país, dándole un tratamiento innovador a un tema que ha sido recurrentemente abordado por la narrativa colombiana contemporánea. La novela configura, entonces, una suerte de mosaico en el que un paisaje entreverado de voces —lejanas y próximas, arcaicas y recientes— nos permite vislumbrar la inevitabilidad del infortunio, conjurando en el mito el anuncio de las profecías que aún se cumplen en nosotros, a la vez que nos concede un sucedáneo para hacer más llevaderas nuestras insignificantes desgracias. ■

